

PRÓLOGO

JOSEP BORRELL FONTELLES

*Alto Representante de la Unión para Asuntos Exteriores
y Política de Seguridad y vicepresidente de la Comisión Europea*

Europa es el lugar del mundo que mejor combina las libertades democráticas con la prosperidad económica y el bienestar social. Los españoles entramos en esta Unión entre países europeos en 1986 y, desde entonces, España ha vivido los mejores años de su historia.

No siempre somos conscientes de la suerte que tenemos de vivir en Europa. Fui un niño de la posguerra, nací en 1947. A los diecisiete años, cuando España todavía estaba bajo la dictadura de Franco, gané mi primera beca para realizar estudios pre-universitarios sobre el mercado común. Y, a lo largo de mi trayectoria política, he trabajado para intentar dar forma a esta Unión como miembro de la Convención Europea, como ministro del Gobierno de España, como presidente del Parlamento Europeo y, en la actualidad, como alto representante de la Unión Europea para la política exterior y de seguridad.

No soy un eurobeato y no aplaudo cualquier decisión que se tome en Bruselas por el simple hecho de ser europea. Pero siempre he sido europeísta, porque estoy convencido de que la unión es la única solución que tienen los europeos para sobrevivir en un mundo globalizado. Los políticos europeístas tenemos que explicar a nuestros ciudadanos que cada país, por sí solo, no podrá hacer frente a los grandes retos mundiales como el cambio climático, las pandemias o las crisis económicas. Aunque parezca una paradoja, cediendo soberanía a la UE, ganamos soberanía para pesar en un mundo globalizado.

Estudiar la adhesión de España al proyecto comunitario nos permite recordar de dónde venimos, entender mejor nuestro presente y reflexionar sobre hacia dónde queremos ir.

LA ADHESIÓN DE ESPAÑA: DEMOCRACIA Y DESARROLLO ECONÓMICO

La adhesión a la Comunidad Económica Europea (CEE) en 1986 sirvió para consolidar la democracia en España. La integración europea fue un ob-

jetivo prioritario, ilusionante y movilizador que contó con un amplio apoyo político y social durante la Transición y que culminó el gobierno de Felipe González. Después de décadas de dictadura y aislamiento internacional, la nueva democracia española inició un proceso de homologación con las democracias europeas. España pasó a formar parte de la Europa de las libertades y del club de democracias desarrolladas del que había sido excluida en su momento fundacional, en los años cincuenta.

En ocasiones los jóvenes europeos no se inmutan cuando escuchan que Europa sirve para garantizar la paz, porque no vieron la guerra ni imaginan que pueda volver a ocurrir. El proyecto europeo ha logrado transformar los problemas políticos en debates tecnocráticos y sustituir los cálculos de poder por procedimientos legales. En la historia de las relaciones internacionales y de nuestro continente devastado por la guerra, este logro es una revolución espectacular.

La entrada en Europa supuso un fuerte impulso a la modernización económica de España. Durante los primeros años, la economía española creció un 4% anual, a mayor ritmo que la media de países de la OCDE. España fue uno de los países que más se benefició del reparto de fondos comunitarios, ya que tenía una renta per cápita inferior al 75 % de la media comunitaria. España recibió un maná de dinero europeo, que llegó a representar en torno al 1% del producto interior bruto del país.

El crecimiento económico facilitó la expansión y consolidación del Estado de bienestar. Los gobiernos socialistas impulsamos la universalización de la educación y la sanidad, reformas en la Seguridad Social y el sistema de pensiones. Como secretario de Estado de Hacienda, entre 1984 y 1991, contribuí a modernizar la administración pública con la creación de la Agencia Tributaria para poder financiar políticas redistributivas que promovieran la igualdad de oportunidades y redujeran la pobreza y desigualdad en España. También puse fin al secreto bancario, obligando a los bancos a comunicar el patrimonio de sus clientes, para que no solo pagasen impuestos las rentas sino también el capital.

Vi cambiar la piel de España. Con la creación de los fondos de cohesión, el presidente Delors permitió garantizar la cohesión social y la convergencia económica entre Estados Miembros en un contexto de liberalizaciones fruto de la integración en un mercado común. Como ministro de Obras Públicas entre 1990 y 1996, con el dinero europeo que invertimos, inauguré tres mil kilómetros de autopistas en España, además de puertos, aeropuertos y redes ferroviarias de cercanías y alta velocidad. Recuerdo que por entonces el sistema de telecomunicaciones no tenía si quiera capacidad para hacer frente

al incremento de la demanda en llamadas entre Madrid y Barcelona. España pasó a ser uno de los países con las mejores infraestructuras de Europa.

España creció y se le quedó pequeño el traje. La economía del país tuvo que reestructurarse y abrirse para competir en el entorno comunitario. La mejora de casi todas las variables socioeconómicas no impidió que hubiera también tensiones y conflictos, en parte porque el margen de maniobra de los gobiernos se fue debilitando. La globalización fue desequilibrando la relación de fuerza entre un capital transnacional y las respuestas políticas que todavía eran nacionales.

Desde aquellos años hasta la actualidad, la Unión Europea ha lidiado con diferentes crisis. Algunas de ellas, como la crisis financiera o la crisis migratoria, demostraron cruelmente una impotencia: la incapacidad de los gobiernos de reconstruir a nivel europeo la capacidad de acción que antes tenían a nivel nacional. En la crisis del euro, los gobiernos no consiguieron dar otra respuesta que la austeridad y el ajuste fiscal.

ESPAÑA EN LA EUROPA ACTUAL: LA PANDEMIA Y EL RETORNO DE LA GUERRA

En esta legislatura, España, como el resto del mundo, ha tenido que enfrentarse a dos crisis que han provocado una gran inestabilidad global: la pandemia del virus COVID-19 desde marzo de 2020 y las consecuencias de la guerra de Rusia contra Ucrania desde febrero de 2022. Este contexto de «permacrisis» han obligado a Europa a tomar decisiones políticas sin precedentes.

Por un lado, la propagación del virus puso de manifiesto las vulnerabilidades en las cadenas globales de suministro de bienes esenciales para los europeos, como mascarillas y vacunas. La Unión Europea se encargó de desarrollar y comprar vacunas con dinero europeo, para que países como España pudiesen disponer cuanto antes de una vacuna efectiva y segura, que también fue compartida con gran parte de la población mundial. A diferencia de crisis económicas anteriores, la Unión Europea tomó la decisión histórica de endeudarse para que, mediante créditos y transferencias solidarias a los Estados miembros, los gobiernos pudieran invertir y mantener las rentas de trabajadores y empresas durante la pandemia.

Al mismo tiempo, la pandemia actuó como un gran acelerador de la historia, reforzando tendencias que ya existían antes. Esta crisis aceleró la digitalización de la economía y aumentó la rivalidad geopolítica y la competición por el control de nuevas tecnologías, especialmente entre China y Estados Unidos. Con la pandemia creció el consenso sobre la necesidad de que la

Unión Europea desarrolle su autonomía estratégica. Para actuar con nuestros socios cuando sea posible, pero autónomamente cuando sea necesario.

Cuando parecía que habíamos superado la pandemia, tuvimos que enfrentarnos a una segunda crisis: el retorno de la guerra en Europa. La brutal invasión de Rusia a Ucrania no es sólo un ataque no provocado a un país soberano que defiende sus derechos y su democracia, sino que es el mayor desafío al orden de seguridad en Europa desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Rusia atacó a Ucrania porque estaba convencida de que los europeos estaríamos demasiado divididos como para coordinar una respuesta. Pero el presidente ruso, Vladímir Putin, calculó mal. La Unión Europea ha reaccionado a velocidad récord para apoyar a Ucrania y defender el orden internacional. Los europeos hemos impuesto sanciones sin precedentes contra Kremlin y hemos tomado la decisión histórica de poner fin a nuestra dependencia energética con Rusia.

Al mismo tiempo, por primera vez en la historia del proyecto comunitario, la Unión Europea está usando dinero europeo para comprar y suministrar armamento para la defensa de Ucrania. Como dije al inicio de mi mandato como Alto Representante, la Unión Europea necesita aprender a usar el lenguaje del poder y seguir desarrollando su política común de seguridad y defensa. No sabemos cómo ni cuándo terminará esta guerra, pero la invasión de Putin ha dado lugar a la Europa geopolítica.

El retorno de la guerra a nuestro continente supone una amenaza existencial para nuestro modelo de sociedad y prácticamente todos los Estados miembros han reaccionado con un compromiso de aumentar significativamente su presupuesto de Defensa. El desafío es ser capaces de coordinarse para no reproducir las duplicidades y las carencias que los 27 ejércitos tienen ahora.

EL FUTURO DE ESPAÑA EN EUROPA: LA PRESIDENCIA ESPAÑOLA

En la segunda mitad de 2023, España asumirá la presidencia rotatoria del Consejo de la Unión Europea y liderará la búsqueda de nuevos consensos a nivel europeo.

La presidencia española será recordada por la celebración en Bruselas de una cumbre de líderes europeos y de América Latina y el Caribe el 17 y 18 de julio. Después de ocho años sin Cumbres entre las dos regiones, Europa debe volver a colocar en su pantalla radar y en su agenda política esta «otra relación transatlántica», que sigue estando muy por debajo de su potencial. La región

juega un papel central en el desarrollo de energías renovables y materiales críticos. En muchos aspectos, somos los pueblos más afines del mundo, como lo reflejan nuestros valores compartidos y la convergencia de nuestros votos en la Asamblea General de Naciones Unidas. Y si la UE no ocupa el espacio político siendo un socio fiable para América Latina, otros actores lo harán.

No debemos olvidar que la lucha contra el cambio climático y la pérdida de biodiversidad siguen siendo desafíos existenciales para el futuro de la humanidad. A su vez, los europeos juntos seguiremos regulando los grandes avances tecnológicos para que la transición hacia una economía digital sea más justa y respete la privacidad de las personas.

Durante muchos años Europa ha sido un proyecto que se aceptaba pasivamente, que no provocaba demasiados debates existenciales. Hoy ya es evidente que la UE debe potenciar su capacidad de influencia geopolítica ya es una evidencia. Europa ha cambiado y debe seguir avanzando.

INTRODUCCIÓN

Sin lugar a dudas, si hubiese que encontrar una idea-fuerza para enmarcar buena parte de lo recorrido por España a lo largo del último medio siglo, la relación con Europa se encontraría entre las más firmes candidatas. Ser europeos, ingresar en las instituciones europeas, fue visto por varias generaciones de españoles, incluso desde antes de la Transición a la democracia, como sinónimo de normalidad, e interpretado como unguento mágico que permitiría romper con las peores inercias del pasado. De hecho, el modelo —en genérico— de la «Europa de posguerra», unido a los avances del proceso de integración, tuvo en esa dirección una enorme influencia, y no sólo metafórica, en la redefinición del proyecto nacional español que se ensaya tras el fin de la dictadura franquista con la apertura de un nuevo ciclo histórico¹. Su contribución más característica, posiblemente, fue coadyuvar al desarrollo de una europeizante identidad española, cuyo momento fundacional fue el ingreso en las Comunidades Europeas el 1 de enero de 1986², hito simbólico que representa, y no por casualidad, el final de la Transición³.

¹ Entre la amplísima bibliografía existente sobre el período, JULIÁ, S., *Transición. Historia de una política española (1937-2017)*, Galaxia Gutenberg, Madrid, 2017; NÚÑEZ, X. M. (coord.), GÁLVEZ, L., y MUÑOZ, J., *España en democracia, 1975-2011*, Marcial Pons, Madrid, 2017; MOLINERO, C., e YSÀS, P., *La Transición, Siglo XXI*, Madrid, 2018.

² Véase, por ejemplo, la reflexión de GIL-ROBLES, J. M.^a, «La adhesión a la Unión Europea. Repercusiones sobre la identidad histórica en Portugal y en España», en: BLANCO, C., y MUÑOZ, S. (eds.): *Itinerarios cruzados. España y el proceso de construcción europea*, Peter Lang/Fundación Academia Europea de Yuste, Bruselas, 2013, pp. 45-49; GUIRAO, F., «1986, España en la Europa comunitaria, anhelo y frustración», en NÚÑEZ, X. M. (ed.), *Historia mundial de España*, Destino, Barcelona, 2018, pp. 885-891; MARTÍN, R., *El europeísmo. Un reto permanente para España*, Cátedra, Madrid, 2014, y, especialmente, LÓPEZ, C., *La sociedad española y la adhesión a la Comunidad Europea (1975-1985): partidos políticos, asociaciones europeístas, interlocutores sociales*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2016.

³ POWELL, C., «The Long Road to Europe. Spain and the European Community, 1957-1986», en: BAQUERO, J., y CLOSA, C. (eds.), *European Integration from Rome to Berlin: 1957-2007*, Peter Lang, Bruselas, 2009, pp. 39-63.

Europa y las instituciones comunitarias se convirtieron de este modo también en piezas del relato canónico de la joven democracia española y en catalizadoras de las expectativas abiertas con el cambio político entre la sociedad española, al tiempo que permitían vincular a España no sólo con el *metarrelato* de la modernización funcionalista dominante en el ámbito occidental⁴, sino que le permitían formar parte de un proyecto histórico de éxito, tal y como se percibía unánimemente la construcción europea⁵: como el proceso de configuración de una «superpotencia civil»⁶ cualitativamente distinta de unos EE.UU. y URSS inmersas de lleno en el enfrentamiento bipolar. De hecho, debido a su coincidencia temporal, la construcción del relato europeo y el proceso de Transición española a la democracia se retroalimentaron *a posteriori* con la emergencia de una narrativa legitimadora en los años ochenta, que se desarrolla tras la adhesión de España a las Comunidades Europeas después de una larga y compleja negociación.

Se gestó así una narrativa que vinculaba a las Comunidades Europeas y al mismo proceso de integración con la normalidad y modernidad alcanzada tras la recuperación de las libertades en España. El positivo balance que pronto se hizo de aquel periodo marcó profundamente la idea —real o imaginada— que de Europa se proyectaría a la sociedad española durante las siguientes décadas. Ingresar en las instituciones europeas, ser —por fin— «europeos» fue por tanto el anhelo colectivo de varias generaciones que depositaron en el referente «Europa» sus esperanzas de, como por ensalmo, romper con el pasado trágico y abrir horizontes de normalidad política y prosperidad material para España. La imagen de «euroentusiasmo» que proyectó el país se adecuaba perfectamente a la visión positiva y autocomplaciente de las narrativas del proceso de Transición construidas en el tránsito de los años ochenta a noventa coincidiendo, sobre todo, con un momento de éxitos exteriores que suponían un cambio radical en el papel internacional de

⁴ Véase, por ejemplo, KNÖBL, W., «Southern Europe and the Master Narratives of “Modernization” and Modernity», en: BAUMEISTER, M., y SALA, R. (eds.): *Southern Europe? Italy, Spain Portugal and Greece from the 1950s until the Present Day*, Campus, Frankfurt, 2015, pp. 173-199; DELGADO L., *et al.*, «El factor internacional en la modernización educativa, científica y militar de España», en: GONZÁLEZ, D.; ORTIZ, M., y PÉREZ, J. S. (eds.), *La Historia, lost in translation?*, Ed. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2017.

⁵ MORENO, A., «El relato europeo de España: de la transición democrática a la gran RECEPCIÓN», *Ayer*, n.º 117, 2020, pp. 21-45.

⁶ El concepto fue enunciado por primera vez por Galtung a inicios de los años setenta para poner de manifiesto la nueva forma de ejercer influencia en el ámbito internacional por parte de las Comunidades Europeas. GALTUNG, J., *La Comunidad Europea: una superpotencia en marcha*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1973.

España en sintonía con un proceso interno de transformación acelerado, y no sólo de las infraestructuras públicas sino para la misma sociedad española, elementos todos ellos que permitieron presentar el reto de Europa como una política de Estado y sobre todo como un proyecto de país⁷. Pero también como un éxito colectivo de la sociedad española que, como escribe Santos Juliá, permitió reconciliar a los españoles con su pasaporte, aunque nada más fuese por unos breves momentos⁸.

Esa imagen amable y positiva de la Europa unida, sin embargo, se ha visto sometida a una fuerte erosión durante la última década como consecuencia de la crisis económica⁹, al igual que ha ocurrido en la mayoría de los países periféricos de la *zona euro* en el sur de Europa¹⁰. Unos países que buscaron nuevas fuentes de legitimidad a través de la construcción europea, sobre todo a partir de ciertos valores humanistas, liberales y democráticos compartidos, a partir de los cuales se articularía dentro del proyecto europeo una identidad común, algo que —si se piensa bien— no resulta tan diferente de lo que se produjo con cierta anterioridad en los países del norte del *Viejo Continente*¹¹. Como es sabido, uno de los principales resultados de esa negativa dinámica derivada de la crisis fue, junto a un crecimiento exponencial del euroescéptico, un fuerte impacto sobre el mismo relato de Europa y de sus corolarios nacionales, coincidiendo con la constatación del agotamiento de la épica emanada por las

⁷ SANZ, C., y MORENO, A., «El relato europeo de Felipe González en la transición a la democracia: un estudio de narrativa digital», *Amnis Revue d'études des sociétés et cultures contemporaines Europe/Amérique*, n.º 3, 2021, <http://journals.openedition.org/amnis/5963>, y, MORENO, A., y SANZ, C., «To be Europe, to build Europe. The European speeches of Felipe González» en: GUASCONI, E.; GEHLER M., y PIERINI, F. (eds.), *Narrating EU Integration: Speakers and Speeches from 1946 to the present*, Nomos, Baden-Baden, 2022, pp. 371-396.

⁸ Como afirma Santos Juliá: «Por un momento, en los seis meses que mediaron entre la firma del Tratado de Adhesión y el ingreso efectivo en la CE, pareció como si los españoles hubieran culminado un largo proceso que, convirtiéndose en europeos, los había llevado a considerarse menos, tan o más españoles que vascos, catalanes o gallegos». JULIA, S., «Cambio social y cultura política en la transición a la democracia», en: MAINER, J. C., y JULIÁ, S., *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986*, Alianza Editorial, Madrid, 2000, p. 75.

⁹ Sobre las diferentes formas de la crisis y el impacto de la *Gran Recesión* sobre la integración europea, véase, por ejemplo, FOSSUM, J. E., y MENÉNDEZ, A. J. (eds), *The European Union in Crises or the European Union as Crises?*, ARENA Report, n.º 2/14, Oslo, Centre for European Studies, University of Oslo, 2014; CASTELLS, M., et al. (eds.), *Las crisis de Europa*, Alianza, Madrid, 2018; OFFE, C., *Europe entrapped*, Polity Press, Cambridge, 2014.

¹⁰ MORENO, A., «The Crisis of the Integration Process and its Impact on the European Narrative», en: LEVI, G., y PREDÁ, D. (eds.), *Euroscpticisms. Resistance and Opposition to the European Community / European Union*, Il Mulino, Bolonia, 2018, pp. 75-88.

¹¹ PATEL, K. K., «Widening and deepening? Recent advances in European Integration History», *Neue Polit. Lit.*, n.º 64, 2019, pp. 330-335. <https://doi.org/10.1007/s42520-019-00105-4>

narrativas de posguerra en la política europea, y de la extensión de una cierta nostalgia por el tiempo de los *milagros económicos* en tiempos de policrisis¹².

Sin embargo, esta situación se está revirtiendo en los últimos años. La respuesta de las instituciones europeas a las crisis que han impactado en Europa desde el final de la Gran recesión iniciada en 2008 y el Brexit, hasta la pandemia de Covid-19 y la guerra de Ucrania, están modificando la percepción que tienen de la UE los ciudadanos europeos. Asimismo, las agendas de investigación en el marco de los *Democratization Studies* y de los *European Studies* ponen de manifiesto también el cambio de tendencia, especialmente desde un punto de vista historiográfico¹³.

En el caso español, la situación llegó al extremo de ponerse en cuestión en la última década —si bien con mayor intensidad en el ámbito del debate político por el control del espacio público que en el académico— el papel que desempeñó Europa durante los años del cambio político en España, ahondando en la idea de una transición controlada desde el exterior, en sintonía con algunas narrativas críticas y con vocación alternativa, formuladas sobre la idea fuerza de crisis del *régimen de 1978*¹⁴. Y es que tres décadas después del *regreso a Europa* muchas cosas han cambiado —también desde el punto de vista sentimental—, pero posiblemente pocas sean tan trascendentes como el *giro emocional*, experimentado tanto en la mirada hacia Europa, como en la misma consideración del proceso de transición en relación con Europa y el relato nacional de España¹⁵.

En cualquier caso, todo ello debe ponerse en perspectiva. El objetivo de este volumen es precisamente la recuperación de un ámbito clave en la

¹² Dos miradas diferentes en GILBERT, M., «Narrating the Process. Questioning the Progressive Story of European Integration», en: *Journal of Common Market Studies*, n.º 46-2, 2008, pp. 641-662; MANNERS, I., y MURRAY, P., «The End of a Noble Narrative? European Integration Narratives after the Nobel Peace Prize», en: *Journal of Common Markets Studies*, n.º 54-1, 2016, pp. 185-202.

¹³ Vid. al respecto. JARAUSCH, K. H., *Embattled Europe. A progressive Alternative*, Princeton University Press, Princeton, 2021; MIDDELAAR, L., *Pandemonium: Saving Europe*, Agenda Publishing, Newcastle, 2021.

¹⁴ Para una visión de las diferentes posiciones, véase IGLESIAS, P., *Una nueva Transición. Materiales del año del cambio*, Akal, Madrid, 2015 (enfoque crítico); KORNETIS, K., «Generaciones en transición», en: *Política Exterior*, n.º 186, 2018, pp. 80-89 (los países del sur de Europa en perspectiva comparada); JULIÁ, S., et al.: «El debate de España. Mito y realidad de un país cuestionado», en: *Claves de Razón Práctica*, n.º 258, 2018, pp. 12-49 (en defensa del legado de la Transición).

¹⁵ Al respecto, véase NAVAL, M. A., y CARANDELL, Z. (eds.), *La Transición sentimental. Literatura y cultura en España durante los años setenta*, Visor, Madrid, 2016.

construcción de la memoria democrática de España, como es Europa. Nuestro propósito, en consecuencia, es múltiple: en primer lugar, acercar a los ciudadanos la historia y la memoria de la participación de España en la integración europea, con el foco puesto sobre la década 1975-1986 en que los españoles recorrieron el largo y proceloso camino que les llevó desde el final de la dictadura de Franco a la admisión en el *club* comunitario; en segundo lugar, poner en valor la memoria de la generación de protagonistas de la integración de España en la CEE/UE; y, finalmente, dar a conocer la vigencia del legado de aquella generación para el momento actual de la Unión Europea, a la vez que considerar el camino recorrido por España en las Comunidades Europeas como base para proyectar las prioridades y objetivos de la sociedad española en Europa.

Estas ideas son las que hemos tenido presentes al diseñar la estructura del presente libro. Su articulación, como se puede observar, se ha realizado sobre diferentes ejes cronológicos, temáticos y sectoriales aunando, asimismo, estudios biográficos y aproximaciones prosopográficas, junto a materiales y documentos *ad hoc* de especial relevancia. El primer bloque de estudios está dedicado a los antecedentes de las negociaciones para el ingreso de España en las Comunidades Europeas, y en él se aborda tanto el significado de la idea de Europa para la historia política e intelectual del país como el contexto y arranque de las negociaciones, en el marco de la ampliación de la CEE al sur del continente. El segundo bloque está dedicado a las negociaciones propiamente, con trabajos que analizan los capítulos sectoriales más importantes tratados entre España y los Diez, así las relaciones con el vecino y también candidato Portugal y con varios Estados miembros de especial relevancia para el dossier español, sin olvidar el marco institucional y legislativo europeo en su conjunto. El tercer bloque se consagra a los protagonistas de la negociación -comisarios europeos, políticos, diplomáticos, técnicos, eurócratas, etcétera-, en distintos ámbitos y niveles, tanto en el marco europeo como en el español, y sin olvidar a los representantes de las distintas tendencias políticas y actores de la sociedad civil española en su relación ante Europa. El último bloque plantea un balance de los resultados plasmados en el Tratado de Adhesión y sus efectos en el corto y medio plazo.

El libro se completa con los testimonios de un conjunto selecto de protagonistas de excepción de esta década de aproximación y negociación de España con Europa, como son Raimundo Bassols, Ramón de Miguel, Joaquín Almunia, Nicolás Sartorius, Xavier Vidal Foch y Enrique Barón. Cada uno de ellos ha accedido generosamente a aportar el valor insustituible de su recuerdo y su rememoración de cómo ellos vivieron, desde distintas responsabilidades

en el gobierno, la diplomacia y la política, el camino de España hacia la integración en las instituciones europeas.

Este libro, como es lógico, no habría sido posible sin la confluencia del esfuerzo, el talento y la generosidad aportada por un conjunto muy amplio de personas a lo largo de varios años. Los coordinadores queremos agradecer a todos los que lo han hecho posible, desde que formulamos la propuesta original hasta ver concluido el volumen que el lector tiene ahora en sus manos y en este sentido queremos hacer referencia expresa al profesor Sergio Molina García, sin cuya ayuda difícilmente hubiera llegado a buen puerto este proyecto. Queremos, asimismo, que conste nuestro agradecimiento expreso a para los autores de los distintos capítulos, y a quienes accedieron a compartir con nosotros sus personales «memorias de Europa», escribiendo un texto basado en su experiencia o permitiendo ser entrevistados para el presente volumen. Muchas de las aportaciones aquí recogidas han sido presentadas, en distintas fases de elaboración, y debatidas por la comunidad científica, en congresos, seminarios, cursos y conferencias celebrados en España y distintos países europeos en los últimos años. Especificar en detalle cada las instituciones que hicieron posible estos encuentros alargaría la extensión de este prólogo más allá de lo conveniente, pero no por ello queremos omitir el dejar constancia de nuestro agradecimiento a todas ellas. Igualmente deseamos expresar nuestro reconocimiento a los archivos, centros de documentación e instituciones académicas en una docena de países europeos que han hecho posible las investigaciones cuyos resultados se incluyen en este libro. Todas ellas, auténticas garantes de la historia y la memoria de Europa, están debidamente identificadas por los autores en los capítulos individuales.

El Centro de Estudios Políticos y Constitucionales merece un agradecimiento especial por haber aceptado nuestra propuesta de acoger en su prestigiosa colección *Política y Sociedad en la Historia de España* la publicación del volumen. No podíamos haber soñado un mejor hogar editorial ni una ocasión más propicia para la aparición de esta obra, coincidiendo con el segundo semestre de 2023 en que España asume por quinta vez —tras 1989-1995, 2002 y 2010— la presidencia de turno del Consejo de la Unión Europea. Por lo demás, este libro ha sido posible en gran medida gracias a la generosa financiación concedida por el Ministerio de Economía y Competitividad y el Ministerio de Ciencia e Innovación a sendos proyectos de investigación consecutivos del Plan Nacional de I+D+I, el proyecto «España y Portugal ante la segunda ampliación de las Comunidades Europeas. Un estudio comparado, 1974-1986» (2018-2020, referencia HAR2017-84957-P), el proyecto «La construcción europea desde el Sur. De la ampliación Mediterránea a la

ampliación al Norte (1986-1995): los contornos de la europeización en perspectiva comparada» (2021-2024), referencia PID2020-113623GB-I00), del que son investigadores principales Antonio Moreno Juste y Carlos Sanz Díaz y, finalmente, el proyecto «Sociedad internacional y europeísmo. La huella de las(s) otra(s) Europa(s), referencia PID2021-122750NB-C21 y PID2021-122750NB-C22, cuyos investigadores principales son Luis Domínguez Castro y Guillermo Á. Pérez Sánchez, concedido por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

Por último, pero no por ello menos importante, agradecemos muy especialmente al Alto Representante de la Unión Europea para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad y vicepresidente de la Comisión Europea, Josep Borrell, las palabras que sirven de inmejorable prólogo a esta obra.

En Madrid y Valladolid, en julio de 2023.

ANTONIO MORENO JUSTE (*Universidad Complutense de Madrid*)

CARLOS SANZ DÍAZ (*Universidad Complutense de Madrid*)

RICARDO MARTÍN DE LA GUARDIA (*Universidad de Valladolid*)

ANTECEDENTES

LA IDEA DE EUROPA EN LA INTELLECTUALIDAD ESPAÑOLA: EL APRENDIZAJE DE LA LIBERTAD

LUIS ALBERTO MORATINOS LAGARTOS

Junta de Castilla y León

PRELIMINAR: EUROPEIZACIÓN Y EUROPEÍSMO EN LA INTELLECTUALIDAD ESPAÑOLA

La intelectualidad española, al ser España un país europeo, ha contribuido a lo largo del transcurso histórico a pensar sobre la idea de Europa. Esta cuestión europea se compone para España de dos dimensiones diferentes y complementarias: europeización y europeísmo. Y es que el pensamiento español de carácter europeísta lleva consigo también un afán por lograr la modernización de España, lo que nos conecta con dos aspectos fundamentales: el primero, el atraso secular de la realidad histórica española con respecto a la realidad histórica europea, siendo este alejamiento matizable si se analiza con rigor, y, el segundo, el método de orientación y solución para abordar dicho problema. Los intelectuales españoles van a ir tomando concienciación del problema y del atraso secular español, a la par que gestan un posible mecanismo de solución, tomando como paradigma a Europa y conocido como europeización. De esta solución participaron figuras insignes del pensamiento español. Con todo, no todos los pensadores que abrazan el método europeizante van a participar y contribuir a alimentar el pensamiento europeísta. Siendo la realidad europea lo común para ambos programas de acción.

Pero la definición de Europa y de la idea de Europa sigue siendo algo huidizo y problemático. A la búsqueda de esa Europa, se han dedicado desde la antigüedad clásica —griega y romana— pasando por la era dorada del cristianismo hasta los siglos modernos en que las mejores mentes del Viejo Continente comenzaron de nuevo a repensar la idea de Europa y a elaborar su identidad común mediante la búsqueda de la «paz perpetua», el «buen gobierno» y el «bienestar socioeconómico» de sus pueblos. La paz perpetua como superación de las persistentes guerras entre los pueblos europeos a lo largo de la historia; por su parte, el buen gobierno se fundamenta en la democracia liberal parlamentaria, garante del Estado de derecho; y, finalmente, a

la búsqueda de un bienestar socioeconómico bajo la condición básica de un mercado común. A partir de estas tres ideas fuerza se llegó a institucionalizar el ideal europeísta en la segunda mitad del siglo xx¹.

EL SIGLO XVIII: LA CONCIENCIA DE LA COMUNIDAD EUROPEA

Las bases de lo que denominamos civilización europea se asientan en la antigüedad clásica y en la Edad Media, por medio de la raíz helena, romana y judeocristiana. Si bien con el cristianismo, en los siglos centrales de la Edad Media, el concepto Europa se nutre de una connotación ideológica, moral, geográfica e incluso política a través de la denominada *Res Publica Christiana*. A partir de estas bases se llega a la época de ruptura e innovación que supone el Renacimiento, pasando de lo medieval a lo moderno. Es aquí donde tienen su origen una forma social y política que no había existido anteriormente: las «naciones», en el sentido actual de esta palabra. Naciones que van apareciendo y conformándose, unas más tempranamente, otras tardías, fragmentando la geografía continental europea, que van creando su singularidad y caracteres específicos, que conviven con las demás y sobre todo guerrear, aunque siempre bajo ese fondo o sustrato común que es Europa, si atendemos a las bases civilizatorias anteriormente descritas. Esta evolución en los siglos modernos va a tener su punto culminante en el siglo XVIII, momento de la Ilustración, desembocando en una verdadera concienciación de Europa. El europeo adquiere conciencia de sí mismo en la época del cosmopolitismo, llegando también a la idea de Europa como civilización en ese periodo ilustrado del siglo XVIII. Serán los escritores franceses los que más contribuyeron a la difusión del sentido unitario europeo; sin olvidarnos de los ingleses, que alentaron la formulación de un edificio político para Europa en forma de sistema de contrapeso de poder, denominado equilibrio europeo.

No se nos oculta el papel relevante y determinante de España en el proceso histórico descrito. A la cabeza de la primera promoción de naciones europeas, con su participación en el descubrimiento de América y la conformación del imperio posterior llegó mermada en sus fuerzas al siglo XVIII, producto de los conflictos armados en los que participó, aunque siguió jugando un papel preponderante en el juego diplomático del momento. La Paz de Westfalia

¹ PÉREZ SÁNCHEZ, G., «El ideal europeísta: de la modernidad a la contemporaneidad», en: MARTÍN DE LA GUARDIA, R., y PÉREZ SÁNCHEZ, G. (coords.), *Historia de la integración europea*, Ariel, Barcelona, 2001, p.15.

(1648), punto final a la catastrófica Guerra de los Treinta Años, o el Tratado de Utrecht (1715), tras la Guerra de Sucesión española, sancionan la merma antedicha. En esta situación, España y sus intelectuales, también van a reflexionar sobre la realidad europea, contribuyendo a la concienciación de la comunidad europea.

El europeísmo español del siglo XVIII no constituye, pues, una particularidad extravagante, exclusiva de unos cuantos cultivados que pensaban y actuaban casi al margen de la sociedad. La Ilustración española muestra su variedad de enfoques, aportes e interpretaciones sobre el ser y el devenir de Europa perfectamente homologables y reconocibles en el resto del continente. Sobre los fundamentos comunes, los pensadores españoles contribuyeron a la reflexión general agregando sus conclusiones particulares en los diferentes ámbitos del conocimiento, depurando métodos, asimilando en su caso las enseñanzas del exterior, matizándolas y enriqueciéndolas.

A la par, como referente, Europa resultó decisiva para la Ilustración española. Europeizar era elevar la tolerancia a categoría para desterrar los fanatismos, promover la libertad de pensamiento en un sentido amplio y fomentar la educación, además de importar y asimilar logros científicos y tecnológicos con el fin de, a partir de esta asunción de los nuevos conocimientos, construir ciencia desde España con la misma eficacia que desde Europa. Lejos de la intención de la mayoría de los ilustrados españoles quedaba la mera emulación de lo extranjero, la moda por lo de fuera. El cambio de mentalidad y de comportamiento, la mejora en los sistemas productivos, el estudio sosegado de los avances en las diversas materias que afectaban a la economía diaria, todo ello sustentaría la recuperación de España, terminando con la decadencia y con las críticas de allende las fronteras sobre el estado actual de cosas. Curar las enfermedades de las que la patria adolecía serviría para incorporarla definitivamente al progreso europeo, al cual estaba llamada a cooperar.

Y la cooperación estuvo presente, en todos los ámbitos, desde los pensadores e intelectuales españoles del momento. Si hablamos primeramente de lo político, en la Europa en equilibrio del XVIII, aunque fuera inestable, teóricos españoles también contribuyen a desarrollar la idea de limitar el poder del resto y evitar el principio de la hegemonía de una o de varias naciones. Abundan en este sentido, por poner tan solo dos ejemplos, las *Cartas económicas-políticas al conde de Lerma* de León de Arroyal y la *Instrucción reservada*, de 1787, del conde de Floridablanca. Apostar por esa idea significa que, si Europa era fundamentalmente una unidad cultural, como proclamaban, entre otros, Montesquieu y Voltaire, no era solamente cultura. Con razón escribe Paloma García Picazo: «La Europa ilustrada se veía como un cuerpo político,

unitario por varios principios comunes —civilización, progreso, razón— y dividido en varios organismo estatales»². Estados estrechamente vinculados unos con otros, e, incluso, dependientes unos de otros. Por eso el juego político del equilibrio de fuerzas hacía explícitas la voluntad de entendimiento y la búsqueda de la paz sobre la base de principios de derecho público comunes a pesar de las diferencias nacionales. Existiría, pues, un sistema político europeo, al que no fueron ajenas las reflexiones desde España.

Pero Europa, como hemos visto de la mano de García Picazo, también se ve como civilización, progreso y razón para los ilustrados españoles. En palabras de un hombre de la época, Antonio de Capmany, «Toda Europa es una escuela general de civilización». A esta empresa también contribuyen nuestros pensadores. Uno de los primeros fue Benito Jerónimo Fejoo (1676-1764), analizando sin ambages las deficiencias que observa en distintos órdenes en la España de su tiempo y proclamando propuestas plenamente reformistas desde una proyección europea. También Gregorio Mayans y Siscar (1699-1781), un entusiasta de la cultura europea, con una preocupación por la enseñanza, tanto por el método como por el contenido, para acercar la ciencia española a la Europa más avanzada.

Las posibilidades de la instrucción pública las elevó el gran referente de la Ilustración española, Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), cuyas intenciones pedagógicas iban dirigidas a la formación de la persona, del buen ciudadano instruido en los saberes más importantes, como medio de conformar una sociedad más culta, profundamente moralizada y capaz, en consecuencia, de amar el orden y el progreso conducentes a la paz y al bienestar. Su *Tratado teórico-práctico de enseñanza*, de 1804, es muy ilustrativo al respecto.

Por su parte, Leandro Fernández de Moratín (1760-1828) representa a la perfección el espíritu inquieto y cosmopolita de la época. Impenitente viajero, un signo de las élites culturales del momento, Europa constituye para él su marco de referencia, construyendo dentro sus ideas sobre la cultura, las leyes o los sentimientos vitales. En ese marco, y producto de sus viajes, compara realidades que, aun cuando sean diferentes, mantienen una unidad de base: la cultura europea que los une. La misma unidad afirma en las *Cartas Marruecas* José de Cadalso (1741-1782), reconociendo las diferencias particulares de los territorios.

Por otro lado, esta perspectiva de comparación entre lo común europeo y lo particular nacional, también llega a la disciplina de la Historia, cuyo

² GARCÍA PICAZO, P., *La idea de Europa: historia, cultura, política*, Editorial Tecnos, Madrid, 2008, p. 159.

método ha ganado en rigor y amplitud de miras en a lo largo del siglo XVIII. Como ejemplo de lo afirmado, mencionamos la *Historia crítica de España y de la Cultura española*, de Juan Francisco de Masdeu, publicada en 1783. A la par, no podemos olvidarnos del fomento de los estudios científicos-tecnológicos durante el presente siglo XVIII, en otro afán de europeizar y extender los conocimientos específicos para la mejora general del país, a la par que se contribuía al desarrollo de la ciencia europea con avances propios. Fruto de este impulso nacen, por ejemplo, las Sociedades Económicas de Amigos del País

Los acontecimientos revolucionarios en Francia a partir de 1789 neutralizaron el normal desarrollo de la actividad intelectual. Con todo, a pesar del cierre decretado por Carlos IV a cuanto viniera de Francia, y, por extensión, del resto de Europa, no pudieron erradicar las ideas de reforma, pues el humus cultural ilustrado y preliberal europeo no desaparecerá del horizonte español. Con estos nuevos principios, valores, formas de conciencia, entraremos en la nueva centuria, y contribuirán a modelar el ideal europeísta y europeizante nuestros intelectuales.

EL SIGLO XIX: ESPAÑA ANTE LA ESTABILIDAD Y EXPANSIÓN EUROPEA

Los comienzos de siglo estuvieron marcados por los acontecimientos históricos alrededor de la denominada Guerra de la Independencia, la cual demostró el grado de abandono y corrupción del gobierno despótico; hora era de avanzar por la senda renovadora como habrían de hacerlo las naciones europeas si querían estar a la altura de los tiempos. En gran medida, los escritos teóricos y el contenido de los papeles periódicos u hojas volanderas abogaban por la convocatoria de Cortes, la limitación del poder del soberano, la reforma de las leyes fundamentales y la elaboración de una constitución. Se trataba, en definitiva, de poner las bases para crear un edificio político garante de la libertad e igualdad de los ciudadanos. Y todo ello quedó plasmado en la Constitución de 1812.

Estos hechos históricos hacen que el referente europeo se vea desde tres visiones distintas, a cuyo fundamento y desarrollo se dedicaron los intelectuales españoles del momento. En primer lugar, la visión de Europa de los primeros liberales españoles, los cuales tomaron conciencia de que la solución a los problemas seculares de España no podía acometerse a partir de reformas parciales, por muy bienintencionadas que fueran: había que dar un salto más allá del reformismo borbónico y aceptar, adecuadas a la realidad española, las políticas renovadoras de la Europa más avanzada. Esto se ve claramente en

el *Manifiesto de la nación española a Europa*, firmado por la Junta Central en enero de 1809, y redactado por Manuel José Quintana (1772-1857). En la misma línea, consideramos el ideal europeo de José María Blanco White (1775-1841).

Frente a esa visión, se encuentra la españolidad y europeidad de los afrancesados, los cuales van a participar de la idea de orden e imperio de la ley napoleónica frente a los desastres del Terror y aspiraban a devolver a España un puesto privilegiado en la Europa dominada por el emperador y su sueño imperial europeo, el cual llevaba implícito una unidad europea, si bien aherrajando los distintos países al sistema institucional francés; esto es, bajo una fórmula absolutista, muy alejada de toda inspiración liberal. Igualmente, de forma general, los afrancesados mantuvieron incólume su fe en el reformismo ilustrado como proyecto para España: entre sus afanes europeizadores figuraban desarrollar políticas de reforma en la Administración para dotarla de eficacia y racionalidad, promover la educación e incorporar las novedades tecnológicas a la industria y a la agricultura, así como amparar determinadas libertades individuales. Entre sus intelectuales destacamos a Francisco Cabarrús (1752-1810).

La tercera visión viene marcada por el pensamiento tradicional o reaccionario, rescatadores del espíritu de la tradición europea contra el monstruo revolucionario napoleónico, interpretando la Guerra de la Independencia como una guerra por la religión, entre la España y Europa cristianas frente a una Francia corrompida por la revolución. Sus defensores critican vehementemente al liberalismo como el gran corruptor de la civilización europea, defienden el Antiguo Régimen y su ideal europeísta se inspira en el catolicismo, por la civilización cristiana, respetuosa con las realidades nacionales. A fray Diego José de Cádiz (1743-1801) le podemos considerar uno de los primeros teóricos de esta visión. También destacamos al capuchino Rafael de Vélez (1777-1850) o el dominico fray Francisco Alvarado, el Filósofo Rancio (1786-1814), con su texto *Cartas críticas*. Participa de esa visión, también, el *Manifiesto de los Persas*, de 1814, diatriba furibunda contra las transformaciones acaecidas en España desde 1808.

El retorno de la Monarquía conllevaría la reinstauración de la legalidad y legitimidad anteriores a 1808, enlazando con la tradición política española y contribuyendo desde aquí a que en toda Europa se recuperase la normalidad frente a los ensayos revolucionarios y disolventes del liberalismo, tras el Congreso de Viena. Dicho Congreso, por otra parte, ratificó la pérdida de peso de España en el concierto de las naciones europeas y la dependencia de su política exterior de los intereses de los demás signatarios. Nuestro país se

convirtió en potencia de segundo orden. Con todo, la base constitucional de 1812, el apoyo del pueblo y el respeto de los países europeos permitieron la llegada del Trienio Liberal, entre 1820 y 1823. Un breve paréntesis entre las dos etapas fernandinas.

En 1833 se inicia en España la era isabelina, finalizada tras la revolución septembrina de 1868, dando lugar al denominado Sexenio, donde se sucedieron interrumpidamente gobiernos y regímenes. Este largo período histórico se inicia con un cambio de registro en las relaciones intraeuropeas, con un sistema de alianzas entre los regímenes constitucionales y parlamentarios de la parte occidental europea, y el anclaje en el pasado de la parte oriental. España, enclavada en el primer sistema, irá ajustando su posición internacional sabedora de su debilidad.

A lo largo de este período asistimos, también, a que el referente europeo se vea desde visiones distintas, implicando a la intelectualidad española. Primeramente, nos encontramos con la España europea de los románticos, donde José de Espronceda (1808-1842) y Mariano José de Larra (1809-1837) son sus máximos exponentes. Ambos, sin renunciar a la importancia del pasado, recogen lo sustancial de esta herencia para lanzar hacia el futuro propuestas de profunda renovación. Conocedores de la realidad europea, sobre todo de los casos británico y francés, estos autores defendieron con pasión la nación política para revitalizarla y elevarla a la categoría de las más avanzadas de Europa. Ambos utilizarán la palabra escrita —a través de publicaciones periódicas como *El Español* o *La Revista Española*— como fuente primordial del cambio revolucionario, de la afirmación de los principios de libertad e igualdad para todos los ciudadanos, para ese pueblo al que apelan como fin de su discurso, de su acción.

En segundo lugar, hay que referirse al denominado moderantismo, donde un grupo nutrido de teóricos se lanzó a justificar la base ideológica de un liberalismo moderado para edificar jurídicamente un orden constitucional digno de tal nombre. Su ideal europeísta se basa en una apuesta de aplicación de criterios de moderación, equilibrados, eficaces y útiles para las sociedades, capaces de aglutinar los componentes tradicionales propios de las trayectorias históricas nacionales con los fundamentales liberales modernizantes, preservando el orden y las libertades, garantizando el bienestar de los ciudadanos, así como una buena convivencia interna y externa de los pueblos. Este planteamiento expuesto, muestra, por un lado, un componente utópico indudable, pero también la clarividencia respecto a una idea de Europa basada en la colaboración y el acuerdo frente a la confrontación y la guerra. En esta línea encontramos a autores como Alberto Lista (1775-1848); Francisco Martínez de

la Rosa (1787-1862); Andrés Borrego (1802-1891); o Antonio Alcalá Galiano (1789-1865).

Por otro lado, las posturas tradicionalistas y reaccionarios van a tener su continuidad de la mano de Jaime Balmes (1810-1848) y Juan Donoso Cortés (1809-1853). Para ambos, el ideal europeo de progreso, tan característico del liberalismo decimonónico, es una falacia. Con su alejamiento de la teología católica, la historia europea ha generado convulsiones y sistemas despóticos de dominación como no se habían conocido nunca al alejar al hombre de la vivencia de la auténtica libertad. De Balmes destacamos sus obras *Consideraciones políticas sobre la situación de España* y *El protestantismo comparado en el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*. De Donoso Cortés destacamos su febril actividad, propalando su pensamiento tanto desde su escaño en las Cortes como desde destacadas tribunas —entre ellas, el Ateneo de Madrid, fundado en 1835—, como en las páginas de los periódicos. De entre sus escritos, mencionamos su *Discurso sobre la dictadura*, *Discurso sobre la situación general de Europa* o su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*.

Precisamente, desde los planteamientos del socialismo utópico europeo, con Saint-Simon y Fourier como principales representantes, nace una nueva visión europeísta. Partidarios de acabar con las diferencias socioeconómicas más extremas generadas por el sistema capitalista, se declaran defensores a ultranza de la paz, que los lleva a considerar una institución supranacional europea capaz de eliminar los conflictos entre naciones. De hecho, interpretaron el sentido de Europa como un sustrato unitivo separado por fronteras creadas por la evolución histórica, en contextos concretos, pero no discriminatorias del conjunto esencial. El porvenir estaría marcado por una suerte de Estados Unidos de Europa, de carácter federal, unitivo y respetuoso, a la vez, con las unidades estatales y subestatales. Esta visión deja una profunda huella entre los federalistas y republicanos españoles como José María Orense (1803-1880), Fernando Garrido (1821-1883), Francisco Pi y Margall (1824-1901), Valentín Almirall (1841-1904) o Emilio Castelar (1832-1899).

Finalmente, a partir de los años sesenta del siglo XIX algunos intelectuales españoles abrazaron los postulados positivistas, en su visión krausista. El Krausismo va a animar un movimiento reformista de la realidad española de carácter global. El instrumento para llevar a cabo esta transformación es la educación, reformando el sistema de forma integral, que afecte de lleno a la forma de ser del individuo con el fin de dotarlo de un nuevo ideal de vida. Como telón de fondo de su planteamiento, se encuentra el ideal de una Europa más justa y solidaria gracias a la transformación íntima del ser humano. Aun-

que sus máximos representantes son Julián Sanz del Río (1814-1869) y Francisco Giner de los Ríos (1839-1915), este reformismo krausista se expandió entre el profesorado universitario y algunos políticos con responsabilidades.

En 1874 se abre en España una nueva etapa con el retorno de los borbones al trono. A nivel exterior, ante el desplazamiento de poder en Europa, producto del ascenso alemán tras la guerra franco-prusiana de 1870, la tónica fue la prudencia, que llevó a una política de recogimiento, no de aislamiento, debido al papel secundario jugado por España. La evolución en la última parte del siglo hizo que España encontrara acomodo en la política de bloques que se estaba formando en Europa, hasta entrar en una política aislacionista, que sirvió de escenario a la crisis del 98.

Pero la Europa del progreso técnico, científico y económico sigue siendo referente para la intelectualidad española. De este modo, al amparo de la atmósfera krausista nace la Institución Libre de Enseñanza en 1876, con el objetito máximo de aprender al ritmo de Europa. Esta institución educativa, creada al margen de la enseñanza oficial, se basa en la libertad de cátedra y en la confrontación abierta de ideas, pretende una reforma pedagógica que lleve a la formación de ese hombre nuevo renovado, abierto a Europa. Consideraban, por otro lado, los avances científico-tecnológicos como motor del cambio y de la renovación española. Con ello influyeron en los políticos liberales del momento, que también coincidían en el diagnóstico.

A partir de aquí, se hacen visibles distintas iniciativas, forjadas en el último tercio del siglo XIX, teniendo algunas proyección y constatación institucional a principios de la siguiente centuria. Entre ellas destacan la salida de profesores y estudiantes para formarse fuera de nuestras fronteras, que tomó forma institucional con la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en 1907; la proliferación de revistas científicas con objetivo divulgador; o la creación de institutos de investigación con el objetivo de crear una nueva red, tales como el Centro de Estudios Históricos o el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Químicas, ambos de 1910. Figura señera entre todas es la de Santiago Ramón y Cajal (1852-1934), aunque el impulso alcanzó no sólo a las ciencias de la salud, también a las ciencias naturales y físicas.

A pesar de los esfuerzos realizados, el desnivel con Europa continuó siendo ostensible. De este modo, en los últimos años del siglo XIX late entre la clase intelectual española una honda preocupación por el estado de postración en que yace el país. No se trata ya de elucubrar sobre el problema de España, sino de utilizar los instrumentos científicos del momento para, del modo más objetivo posible, establecer un programa reformador que saque a España adelante incorporándola al ritmo modernizador europeo. Se trata del espíritu del

regeneracionismo, encarnado en figuras como Ricardo Macías Picavea (1847-1889), Lucas Mallada (1841-1921), Damián Isern y Marco (1852-1914) o, sobre todo, Joaquín Costa (1846-1911). Es Costa quien más presente tiene a Europa para la labor regeneracionista propuesta, lo que le lleva a la europeización, esto es, la apuesta por el ideal de libertad y transformación profunda de todas las estructuras político-institucionales y socioeconómicas. La educación, la pedagogía bien empleada, vuelve a ser el instrumento predilecto para llevar a cabo el cambio.

La apuesta por la europeización de Costa va a tener enorme influencia en la intelectualidad española que nace con la crisis del 98, tras la pérdida las últimas posesiones españolas de ultramar, así como en la generación posterior, la del 14, sobre todo en su máximo adalid, José Ortega y Gasset. Y es que lo sucedido en el año 98, va a convulsionar al panorama cultural, generando un sentimiento profundo de pesimismo e impotencia. Cobra especial relevancia el problema de España, la necesaria búsqueda de la identidad. Destacamos en este momento las reflexiones de Ángel Ganivet (1865-1898), a partir de su libro *Idearium español*, publicado en 1897; o de Miguel de Unamuno (1864-1936), con sus escritos de 1895, publicados algo después en la obra *En torno al casticismo*. Con todo, el debate en torno al problema español y la europeización como remedio tiene muchos matices, que sobrepasan el final del siglo XIX, adentrándose en los primeros años del siglo XX.

SIGLO XX Y PRINCIPIOS DEL XXI: ESPAÑA ANTE LA DESTRUCCIÓN Y UNIDAD DE EUROPA

La debacle de la España salida del desastre de 98 sigue marcando el paso de la intelectualidad en los comienzos del siglo XX. La solución de la europeización estuvo presente en los escritos de quienes reflexionaron sobre esta cuestión, enlazando aquellos que componían la generación del 98, con los que habrían de reunirse bajo el título de la generación del 14. El debate surgido entre Miguel de Unamuno y el joven José Ortega y Gasset (1883-1955) marca el ritmo intelectual en estos años. Mientras Unamuno, a través de su obra *Vida de Don Quijote y Sancho*, de 1905, vira en su posición europeizante, defendiendo a ultranza lo castizo, lo propio, frente a una Europa ajena al sentir español, Ortega proclama que Europa es la solución a los problemas de España, dentro de la tesis de la europeización proclamada por Costa a finales del siglo XIX. Tesis, como vemos, que abandona Unamuno. Y es que la mayoría de los hombres del 98 matizó su entrega a Europa, remarcando lo propio

y característico de España. Por otro lado, los hombres del 14 apostaron por un impulso regenerador europeizador desde los ámbitos intelectual, político o educador, donde Europa representaba la eficacia, la ciencia, la modernidad y las libertades. El vehículo de expresión de su pensamiento les llegó de la mano de la prensa, y de un modo particular, de revistas llamadas a convertirse en santo y seña de toda una generación. Es el caso de *Faro*, editada entre 1908 y 1909, *Europa. Revista de Cultura Popular*, que sale a la luz en 1910, o más tarde, ya en 1923, *Revista de Occidente*.

Ortega y Gasset fue el máximo exponente de esa generación del 14 que tomó Europa como ideal. Su contribución se condensa en su célebre proclama en un discurso pronunciado en la Sociedad liberal de El Sitio en Bilbao el 12 de marzo de 1910, donde para Ortega «España era el problema y Europa la solución». A partir de estas bases de la primera hora, se producirá un pequeño viraje tras el cual para Ortega europeizar ya no es importar cultura alemana y se verá en la necesidad de crear una cultura española a través de esa ciencia europea. Así lo sanciona en su primer libro, *Meditaciones del Quijote*, publicado en 1914.

Pero en 1914 sobreviene la guerra entre europeos, que oscurece el camino del europeísmo hasta hacerlo prácticamente subterráneo. No obstante, nos encontramos en estos años de guerra un hito europeísta en el panorama intelectual español. Se trata del «Manifiesto de los Amigos de la Unidad Moral de Europa», publicado en la revista *España*, el mismo año de su fundación, 1915. Este manifiesto está encabezado por Eugenio D'Ors (1881-1954) y cuyo interés reside en la apuesta por un europeísmo de carácter cultural que permita superar los conflictos nacionales. En la singular aventura intelectual de D'Ors, autor considerado de la generación del 14, la idea de Europa transita con voluntad de permanencia. Europa también está presente en las reflexiones de otro miembro destacado de esta generación, Manuel Azaña (1880-1940), en cuanto pretenda democratización y modernización para nuestro país.

Y con la paz, la desolación. La Gran Guerra trastocó todo, no solo fronteras: también convicciones. Para la intelectualidad española defensora de la europeización, el modelo ya no sirve, pues Europa ya no puede ser orientación, ni solución para el problema español³. Y para la intelectualidad europea, en general, en medio de una Europa devastada por la guerra urgía promover cualquier acción que tendiera a consolidar la paz firmada en Versalles y evitar así conflictos futuros. Sin duda, de las iniciativas propiamente europeístas de

³ BENEYTO, J. M., *Tragedia y razón. Europa en el pensamiento español del siglo XX*, Editorial Taurus, Madrid, 1999, p. 129.

la época de entreguerras destacó por encima de todas la del conde austriaco Richard Coudenhove-Kalergi, con su obra *PanEuropa*, de 1923. Una llamada a la unidad y a la integración aduanera, económica y política de los países europeos, que fue secundada por un «Manifiesto Europeo», un primer Congreso de PanEuropa en 1926 y una propuesta para materializar el ideal unitario, de la mano del denominado Memorándum Briand, de 1930.

La ausencia de España, bajo el gobierno de Primo de Rivera, de la Sociedad de Naciones, retrasó hasta 1929 la aparición del Grupo Español de la Unión Paneuropea. El hecho de que el grupo formado estuviera muy vinculado a algunas personalidades de la Dictadura alejó de una implicación directa a muchos intelectuales relevantes. La sección española asumía los principios de la organización e incorporaba un elemento novedoso: la dimensión hispanoamericana.

Pero todos estos esfuerzos y encuentros quedarían pronto arrumbados por la vorágine política de los años treinta, proclamándose en España la II República. Y aunque europeización y pacifismo se convirtieron inicialmente en los fundamentos del nuevo régimen, la realidad y la evolución de los acontecimientos, tanto en España, como en Europa, pronto demostró su ineficacia, dada la politización extrema. Las visiones de las relaciones entre España y Europa reproducían el pensamiento tradicionalista, falangista, socialista o comunista.

Por encima de estas disputas ideológicas, van a brillar en esta década con luz propia dos figuras fundamentales que han tenido su protagonismo en los años anteriores: José Ortega y Gasset y Salvador de Madariaga (1886-1978). Para Ortega, ahora el problema es Europa. Su meta fue elaborar una teoría que explicase la crisis por la que atravesaba la Europa de la primera posguerra y lanzar una propuesta de solución para sus problemas. La publicación de su libro *La rebelión de las masas*, en 1930, marcó la apuesta definitiva de Ortega por el europeísmo integrador, situándole entre los pioneros del ideal europeísta de la época de entreguerras. Por su parte, Madariaga pronto fija su mirada y su ilusión en Europa, comenzando durante este período su tarea al frente de responsabilidades institucionales de carácter internacional, sobre todo en la Sociedad de Naciones, organismo salido de las consecuencias de la Gran Guerra.

La situación de enconamiento ideológico, en medio de una crisis prolongada durante décadas, llegó a su punto de inflexión con el desarrollo de la Guerra Civil entre 1936 y 1939. A partir de entonces el concepto de Europa y de europeísmo iba a acompañar a las dos Españas en su prolongado viaje por el régimen de Franco.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial España quedó marginada del nuevo orden internacional auspiciado por los vencedores. Pero los acontecimientos de la inmediata posguerra impidieron un aislamiento más radical de nuestro país, en medio de la naciente Guerra Fría y la doctrina de contención del comunismo proclamada por los Estados Unidos.

En aquel traumático contexto del final de la guerra, y a pesar de las extraordinarias dificultades de todo tipo que atravesaba el continente, la idea de Europa encontró en Paul-Henri Spaak, Robert Schuman, Alcide de Gasperi, Jean Monnet y Konrad Adenauer una generación de incansables propagadores que sentarían las bases teóricas y prácticas de la integración económica y política del Viejo Continente con una visión supranacional fundamentada en la democracia, el Estado de derecho y la economía de mercado para así enterrar definitivamente las viejas disputas nacionales. A partir de este momento, y durante todo el régimen de Franco, España no fue ajena, ni a las reflexiones sobre Europa, ni a su acercamiento al proceso de integración europea puesto en marcha en la década los años 50.

Desde el campo de la reflexión, nos vamos a encontrar distintos focos. En primer lugar, desde las corrientes intelectuales del propio régimen, donde el falangismo y los intelectuales católicos van a pugnar en estos años de posguerra, sobre todo a partir de las figuras de Pedro Laín Entralgo (1908-2001) y Rafael Calvo Serer (1916-1988). Ello, no obstante, el acuerdo de fondo entre ambas interpretaciones superaba con creces las divergencias: el catolicismo como armazón del discurso, la consideración de España como empresa europea, la necesidad española de europeización o la validez del Nuevo Estado franquista para superar la crisis de identidad.

En segundo lugar, debemos mencionar la luz propia de Ortega en estas décadas de los 40 y 50, desde posiciones liberales y dando continuidad a la tradición cultural anterior al régimen de Franco. Su conferencia *De Europa meditatio quaedam*, dictada un 7 de septiembre de 1949 en la Universidad Libre de Berlín, marca un hito fundamental dentro de la reactivación del ideal europeísta que se produce tras 1945, y puede ser considerado como un impulso fundamental que llevará al inicio del proceso de integración europea, unos años después. El magisterio europeísta de Ortega es recogido por su gran discípulo, Julián Marías, que también brilla con luz propia, residiendo en la España de Franco, pero alejado de su oficialidad cultural. Marías participa de ese gran proyecto del siglo xx español que es la europeización, así como acoge entusiasta la defensa de la unidad europea, contribuyendo a la misma desde un rico pensamiento europeísta. Con todo, Marías volverá a tener protagonismo al finalizar el régimen de Franco.

En tercer lugar, la gestación en los años 50 de las Comunidades Europeas provocó una reacción de escepticismo en las autoridades franquistas, tanto por la iniciativa en sí como por los sectores políticos protagonistas, claramente contrarios al Régimen. Dicha oposición, desde el exilio como desde el interior, encuentra en la apuesta por la Europa unida un instrumento para la erosión de la dictadura. Al calor del Movimiento Europeo Internacional, creado en 1947, nace una filial española en el exilio, dos años después, que tendrá repercusiones en España. Es el momento de la revitalización del interés europeo con el nacimiento en los años 50 de instituciones como la Sociedad de Estudios Económicos Españoles y europeos (SEEEE), el Centro Europeo de Documentación e Información (CEDI) o la Asociación Española de Cooperación Europea (AECE). Los contactos entre los elementos europeístas del interior y del exterior enseguida se produjeron, hasta llegar al IV Congreso del Movimiento Europeo, celebrado en Múnich en junio de 1962. El llamado «contubernio de Múnich», por parte de las autoridades franquistas, marca un punto de inflexión para la relación entre el régimen, la oposición interior y exterior, y el impulso europeísta. La transigencia de la España de Franco con las actividades europeístas finalizó, a la par que ese mismo movimiento europeísta se convirtió en aglutinante de la oposición franquista, buscando para España instituciones democráticas, derechos y libertades como base a la plena incorporación a la Europa unida.

No abandonamos este foco desarrollado, sin antes nombrar a dos figuras del exilio significativas individualmente. Una de ellas, Madariaga, ya mencionado, pero destacando para esta nueva etapa su contribución para hacer realidad la institucionalización del ideal europeísta por medio de su torrente de ideas y de sus numerosos proyectos de carácter europeo. La segunda figura es María Zambrano, con una obra intelectual plagada de reflexiones sobre Europa. Mencionamos *El horizonte del liberalismo* (1930) o *La agonía de Europa* (1945).

En cuarto lugar, la corriente de intelectuales católicos de la posguerra, ligada al *Opus Dei*, tiene su continuidad en la década de los 50, cuando aparece el pragmatismo de los tecnócratas, autores del cambio de tendencia económica de carácter desarrollista. De la reflexión, pasamos a la acción política. Todo ello en medio de una normalización del régimen franquista en el exterior con la apertura de nuevas relaciones diplomáticas, los acuerdos de 1953 con el Vaticano y Estados Unidos y la entrada en la ONU en 1955, tras una integración progresiva en los distintos organismos dependientes de esa organización mundial. La normalización también se va a buscar con las nacientes instituciones europeas, comenzando una relación de acercamiento

y encaje desde un punto de vista económico, mediante el desarrollo y la modernización. Este proceso comienza en 1962 con la solicitud de una apertura de negociaciones para lograr una asociación y culmina con la firma del Acuerdo Preferencial de Comercio de 1970. Demostrando que el horizonte europeo de la tecnocracia franquista tiene unos límites, al no ser España un país plenamente democrático⁴.

Con el proceso de transición a la democracia se reactivaron las negociaciones con las Comunidades Europeas, mediante la solicitud de adhesión a la Europa comunitaria presentada en 1977, lo que finalmente llevó a la firma del Tratado de adhesión de España a las Comunidades Europeas el 12 de junio de 1985, entrando en vigor el 1 de enero de 1986. La apuesta decidida por incorporar España a las Comunidades Europeas formó parte del consenso entre las grandes fuerzas políticas y sociales de la Transición hasta convertirse en una cuestión de Estado. La europeización y el europeísmo se convirtieron en fuerzas impulsoras de este nuevo período. La adhesión española a las Comunidades marca la normalización en todos los aspectos de las relaciones España-Europa, y se convierte en un instrumento de modernización de la estructura económica y del tejido social, sin esconder los costes que ello ha supuesto. A la par, esta nueva etapa en la relación entre España y Europa viene marcada por visiones distintas de sus líderes políticos, en función de los distintos gobiernos democráticos habidos en España hasta nuestro presente, así como de los retos y dificultades que el contexto histórico haya marcado en el proceso de integración europea.

En este período histórico de España en Europa la acción y el protagonismo político es determinante. Con todo, no debemos olvidarnos del papel de la intelectualidad española para reflexionar y meditar sobre todos los grandes acontecimientos vividos. A nuestro modo de ver, existe una figura intelectual que brilla con luz propia, sobresaliendo de otras que pudiéramos nombrar, y representa como nadie el pasado, el presente y el futuro de las relaciones entre España y Europa. Nos referimos a Julián Marías, cuya prolífica y dilatada biografía, nacido en 1914 y fallecido en 2005, le hace ser un testigo privilegiado de todo lo acontecido en el siglo xx, adentrándose en el XXI, en fecha relativamente cercana para nosotros.

Marías ejerce de puente y conciencia continua de lo más granado del pensamiento europeo español, recogiendo toda la herencia intelectual y portando

⁴ LÓPEZ TORRIJOS, R., «Europeísmo y tecnocracia: los límites de la apertura a Europa en el franquismo», en: FORNER, S., y SENANTE, H. C. (eds.), *Miradas a Europa. percepciones y relatos desde España*, Editorial Centro de Estudios Políticos y Económicos, Madrid, 2020, pp. 153-172.

la antorcha europeizante y europeísta durante el régimen de Franco, para alumbrar el nuevo período democrático que se inicia en 1975, ayudando a la incorporación de España al gran proyecto de integración europea. A la par, confecciona un pensamiento europeísta propio aportando nociones como el llamado «patriotismo europeo» o la «soberanía compartida» como fórmula de unidad europea; llama a la incorporación de la parte europea sovietaizada tras la II Guerra Mundial; refuerza la idea de una existencia física de Occidente, formado por América y Europa, combatiendo el «europeísmo a ultranza» o la cerrazón de Europa en sí misma, claramente insuficiente, a la par que defendía enérgicamente la libertad y la democracia representativa como fórmula política de organización y convivencia.

Nos consta, además, un gran esfuerzo intelectual para que españoles y europeos comprendan lo que Europa es y significa, a través de numerosos ensayos, cursos o artículos periodísticos. Denunciando, a su vez, los derroteros por los que camina el propio proceso de construcción europea: primacía económica, excesiva burocratización, ahogada y homogeneizada por multitud de normas y reglamentos, lo que debilita la pluralidad y diversidad de la realidad histórica europea, a la par que no despierta ni entusiasmo, ni imaginación. Además, denunciaba el desconocimiento mutuo de Europa y de las propias naciones, la carencia de un sistema de admiración y ejemplaridad entre ellas, y sumaba el peligroso rebrote de los nacionalismos de las regiones. De otro lado, su fino análisis del papel que debe jugar la Unión Europea en el futuro, su sensibilidad para ser un forjador del espíritu y de la unidad occidental, su defensa del papel de España como puente entre Europa y los países americanos de habla hispana o los peligros advertidos por los que camina el proceso de construcción europea, bien pueden servir para marcar los ejes de reflexión de la intelectualidad española del presente y del futuro.

Todo ello, en medio de una situación actual, producto de los acontecimientos históricos recientes —fracaso del Proyecto de Tratado Constitucional y dificultades para consensuar sus raíces e identidad, crisis económica internacional a partir de 2008, asentamiento en el Parlamento Europeo de opciones políticas euroescépticas o euróforas a partir de las elecciones de 2014, salida del Reino Unido de la Unión Europea, gestión de la pandemia de la COVID o su posicionamiento en la reciente guerra ruso-ucraniana—, que nos pueden hacer ver, en contra del aserto orteguiano que ha marcado buena parte del rumbo español en la contemporaneidad, que a Europa hoy se la puede seguir viendo como solución, pero también como problema.